

Varios años después...

Siguiendo a los personajes del evangelio

JOSÉ JOAQUÍN GÓMEZ PALACIOS

Director de Salesianos San Juan Bosco (Valencia)

Síntesis del artículo

El autor imagina cómo pudo ser la vida de algunos personajes unos años después de haber vivido su encuentro con Jesús: el joven rico, Zaqueo, la viuda de Naín, Jairo, la hija de la cananea, Bartimeo, el hijo mayor y la viuda pobre. Narra en primera persona cómo probablemente vivieron ellos ese encuentro, y cómo se prolongó en el tiempo la alegría de haber conocido al Mesías.

Abstract

The author imagines how could be the life of some characters a few years after living their encounter with Jesus: the rich young person, Zacchaeus, the widow of Nain, Jairus, the daughter of the Canaanite, Bartimaeus, the eldest son and the poor widow. He narrates in first person how they probably lived that encounter, and how prolonged in time the joy of having met the Messiah.

Introducción

El lenguaje de los evangelios es muy escueto. El encuentro de Jesús con los diversos personajes que jalonan algunos relatos es relatado con frases breves y concisas. Sin embargo, tras las escasas palabras que definen a los protagonistas de las narraciones, pueden adivinarse rasgos de su personalidad y de las actitudes que orientaron sus vidas.

Tras cada encuentro con Jesús se abre un tiempo cargado de vida, alegría y nuevas oportunidades que trasciende el momento presente para prolongarse hacia el futuro.

Imaginar cómo pudo ser la vida de estos personajes, varios años después de haber vivido el encuentro con el Maestro de Nazareth, puede convertirse en una original forma de mirar con detenimiento a las personas que desfilan por los evangelios. Se puede otorgar continuidad al gozo vivido en aquel primer momento.

El presente artículo nace de formular la siguiente pregunta sobre algunos textos del evangelio: ¿Cómo transcurrió la vida de determinado personaje varios años después de su encuentro con Jesús...? ¿Qué le ocurrió? ¿Siguió siendo fiel a la vivencia experimentada en el encuentro?

Respondiendo a esta pregunta, y a otras similares, afloran valores del evangelio en los que tal vez no nos hemos detenido, a fuerza de escuchar el relato en múltiples ocasiones. Esta sencilla técnica puede dar pie a nuevas asociaciones de ideas y a redescubrir inesperadas emociones.

Como muestra se describen algunos ejemplos: Zaqueo, Jairo, la viuda pobre, la viuda de Naín... El lector hallará otros muchos personajes en el evangelio que esperan que nos fijemos en ellos para contarnos cómo fue su encuentro con Jesús, y cómo se prolongó en el tiempo la alegría de haber conocido de cerca al Mesías.

Aunque cada relato es introducido con unas breves líneas a modo de comentario, es conveniente leer con detenimiento el texto evangélico original en el que aparece cada personaje.

1 El joven rico (Mt 19,16-22; Mc 10,17-22; Lc 18,18-23)

El diálogo que se establece entre Jesús y el joven rico es uno de los diálogos más serenos de los evangelios. Muestra simpatía y cercanía, a pesar de que el joven terminará marchando entristecido: no fue capaz de seguir la propuesta de Jesús.

Jesús sabe que es una persona sincera y honrada. Le muestra un horizonte más amplio: despojarse de la riqueza que posee e integrarse en la comunidad de sus discípulos. El joven rico no termina de entender a Jesús: las riquezas eran, en aquel tiempo y en aquella cultura, un signo de la bendición de Dios.

A partir de este encuentro, los evangelios dan un aviso a las primeras comunidades sobre la riqueza y la pobreza.

Narración

Había atardecido en la pequeña población de Betfagué. Muchos de sus habitantes regresaban de la cercana Jerusalén. El camino bor-

deaba plantaciones de higueras, olivos y trigo y cebada. Era el inicio del otoño y, desde el cercano Monte de los Olivos, se esparcía un tenue olor a aceitunas maduras y dispuestas para las almazaras.

Un conjunto de casas de piedra blanca destacaba del resto de viviendas humildes levantadas con paredes de adobe y recubiertas con techumbres planas.

En una de esas casas nobles había un trájín de música y fiesta. El dueño daba un banquete para agasajar a dos ricos comerciantes llegados de lejanas tierras. El comercio era floreciente. No se había producido en los últimos meses ningún ataque a su larga caravana de dromedarios que transitaba el desierto de Negev cargada con telas, perfumes, resina de incienso y especias.

El dueño de la hacienda celebraba el banquete sin reparar en gastos ni en prescripciones religiosas. El mundo de los negocios tiene sus propias reglas. Cualquier noche es buena para cerrar tratos ventajosos.

Un sirviente llenó las copas con vino, añadió un poco de agua caliente y luego un poco de mostaza. Era la costumbre. Los invitados paladearon aquella delicia con muestras de satisfacción y agradecimiento.

Frente a las esteras con bandejas repletas de alimentos, unos músicos hacían sonar una animada melodía de flautas y liras. Címbalos y panderos marcaban el ritmo. Una muchacha oriental danzaba para ellos.

De pronto, un sirviente se acercó al dueño de la casa. Le susurró unas palabras al oído, al tiempo que señalaba disimuladamente el pórtico que conducía al exterior... El amo reflexionó unos instantes. Luego, disculpándose ante sus invitados, se levantó y siguió al criado por el pórtico hasta la entrada. Había caído la noche.

Al llegar a la puerta se encontró con un hombre de mediana edad que se protegía del frío

con un manto gastado y pobre. No se atrevía a levantar la mirada. El dueño de la casa hizo un leve gesto y el recién llegado habló con voz queda y temerosa:

- Señor, disculpad mi atrevimiento. Pero me han asegurado que sois persona importante y valiente que no teme ni a los Sumos Sacerdotes ni a los influyentes saduceos... Llevo dos días huyendo de ellos por las callejas de Jerusalén. Alguien me indicó que vos... tal vez podáis darme refugio en vuestra mansión por esta noche. Mañana partiré con el alba.

El dueño de la casa no se sorprendió. No era la primera vez que alguien llamaba a su puerta buscando cobijo. En toda Jerusalén se conocía su riqueza y también su oposición a los dirigentes de la ciudad. Antes de responder afirmativamente, preguntó al recién llegado:

- ¿Por qué te persiguen? ¿No serás uno de esos ladrones que merodean por Jerusalén?
- No, señor. Me persiguen por mantenerme firme a mis convicciones. Soy seguidor de Jesús de Nazareth, a quien hace tiempo crucificaron como a un malhechor, pero a quien Dios devolvió la vida. Sus discípulos sentimos su fuerza y su presencia, que nos ayuda a vivir como hermanos.

El dueño de la casa no pudo reprimir el sobresalto al escuchar el nombre del profeta de Nazareth. Y recordó aquella mañana, junto al lago de Galilea, cuando Jesús le dijo: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dáselo a los pobres; luego, ven y sígueme...» Pero él ni dejó sus posesiones ni le siguió. Y sonrió levemente al pensar que tan sólo recordaba la petición del Maestro de Galilea cuando le iban mal los negocios.

Con gesto de magnanimidad ordenó al criado que le escondiera en la parte trasera de los graneros. Aquel hombre, antes de seguir al sirviente, levantó los ojos y le miró con agradecimiento al tiempo que le decía con respeto:

- No tengo nada con qué pagaros, pero en nombre de Jesús de Nazareth, recibid la paz de Dios.

El señor regresó a la fiesta. Continuó ejerciendo como anfitrión de sus invitados. Pero ni las succulentas viandas, ni la música, ni el licor de higos típico de aquella tierra de higueras, apartaban su mente de las palabras de aquel hombre que tanto le recordaba al Maestro de Galilea.

Terminó el banquete. Dejó de sonar la música. Las criadas fueron apagando, una a una, todas las lámparas de aceite... Los invitados se retiraron a sus aposentos. Reinó el silencio.

Durante la primera vigilia de la noche, el silencio del señor de la casa comenzó a poblarse de recuerdos que llegaban desde el pasado. Recordó el encuentro con el Maestro de Nazareth, su mirada, su oferta... Poco antes de concluir la tercera vigilia de la noche, los recuerdos se abrieron al futuro. Ante él aparecía una nueva oportunidad.

Al amanecer dos sombras sigilosas salían de la casa señorial. Cruzaban las callejas de Betfagué. El hombre del manto gastado y pobre iba delante, mostrando un nuevo camino al rico dueño de las caravanas del desierto. Éste sonreía. Su rica y opulenta casa quedaba atrás definitivamente.

2 La viuda de Naín

(Lc 7,11-17)

La acción transcurre en Naín, aldea situada a unos 10 kilómetros de Nazareth. Los habitantes de esta pequeña población eran «pobres de la tierra» ('am ha'hares), expresión con la que los fariseos designaban a la gente sin cultura e incapaz de aprender todos los mandamientos de la Ley que garantizaban la salvación.

Jesús "mira" el cortejo fúnebre y siente compasión. Llevan a enterrar al hijo único de una viuda que acaba de quedar en el más absolu-

to desamparo. Su compasión se transforma en misericordia. Y actúa en favor de aquella viuda: "¡No llores!" Devuelve la vida al muchacho. Colma de alegría a la madre al entregarle con vida a su hijo único.

Es la primera vez que este evangelio otorga a Jesús el título de «Señor», tratamiento reservado a Dios. Y se le confiere en un contexto de misericordia.

Narración

Siempre he habitado en la tierra amable de Nain, mi pequeña aldea que se alza en la ladera del monte Moreh. Algunas tardes, cuando baja el calor del día, me siento a la sombra de la higuera que plantara mi marido hace ya muchos años. Contemplo la montaña. Me dejo acariciar por los recuerdos.

Conocí a Jesús de Nazareth el día más triste de mi vida. Hacía poco más de un año que mi marido había fallecido. Pero, aunque él marchó al Sheol para reunirse con nuestros antepasados, me dejó un hijo joven y fuerte.

Mi hijo trabajaba los campos. Mantenía lleno el granero. Recolectaba las aceitunas de los olivos. Con los frutos de las higueras amasaba pan de higo para el invierno. Cuidaba las viñas... Nunca nos faltó el aceite y la sal; ni el pan, el vino y los frutos.

Un aciago día llegó sudado del campo. Se enfrió y murió. Se hicieron enseguida los preparativos para el entierro. Lavé su cuerpo con agua y aceite perfumado. Los vecinos me ayudaron a envolverlo en un sudario de lino. Con dos gruesas varas hicieron unas parihuelas.

El cortejo fúnebre partió de la aldea. Al pasar bajo el arco de piedra, nos tropezamos con Jesús. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Mis amigas no cesaban de gemir para mostrar su dolor. Me apreciaban. Sus lamentos rasgaban el silencio. Era la forma de mostrar su afecto. Cuando vieron a Jesús, cesaron en sus llantos.

El profeta de Nazareth ordenó detenerse a los que portaban las parihuelas... Me contempló con mirada de infinito cariño. Todavía recuerdo sus primeras palabras: "No llores". Me sentí aliviada. Había tanto afecto en la expresión de aquel hombre. Y sin esperar a más, dijo con voz recia y serena: "¡Muchacho, levántate!" Durante unos segundos no ocurrió nada. De pronto, mi hijo regresó a la vida. Yo me sentí resucitada con él.

El Maestro le tomó lentamente de la mano. Se dirigió hacia mí. Me lo acercó. Fue como si me dijera: "tu hijo es tuyo; aquí lo tienes".

Nunca más he vuelto a ver al aquel Maestro, pero aquel día comprendí que el Dios de la Vida actuaba en la persona del nuevo profeta de Nazareth.

Hoy, mi hijo ya no está conmigo. Sigo viuda y sola. Él murió meses después. Nunca olvidaré cómo ocurrió. Semanas después del encuentro con Jesús, adiviné en los ojos de mi hijo algo extraño. Estaba inquieto, como quien desea tomar una decisión y no encuentra la forma de hacerlo. Ante mis preguntas, me confesó que deseaba marchar de casa para ayudar a la gente, curar a los heridos, levantar a los caídos... devolver la dignidad y el derecho a los pobres campesinos de estas aldeas. Me confesó que no emprendía camino por temor a dejarme sola.

Cuando escuché sus palabras, tan sólo le dije: "¡Hijo, marcha mañana mismo. Yahvé cuidará de mí, como el Maestro de Galilea cuidó de ti!" Al día siguiente marchó. Tan sólo se llevó la túnica, el bastón, las sandalias y una cantimplora de arcilla conteniendo aceite de nuestros olivos.

Varios meses después, unos campesinos me lo trajeron malherido. Había perdido mucha sangre por las heridas que cubrían gran parte de su cuerpo. No tenía fuerzas para hablar. En sus labios, se dibujaba una mueca extraña: mitad dolor, mitad sonrisa.

Los hombres que le trajeron me contaron cómo mi hijo se había opuesto valientemente a los soldados y recaudadores del gobernador romano, que tras haber confiscado la escasa cosecha de una pobre familia, pretendían llevarse también a la mujer y los niños para venderlos como esclavos. Se puso ante los soldados. Quiso proteger a la familia campesina... Sufrió las heridas de las espadas que siempre están al servicio de los poderosos.

Sólo vivió unas horas desde que le trajeran malherido. Murió en mis brazos... por segunda vez. Perder a un hijo dos veces es un dolor inmenso para una madre. Pero murió sabiendo que entregaba con dignidad la vida que gratis le había regalado Jesús, el Enviado de Dios.

3 Jairo (Lc 8,40-56; Mt 9,18-26; Mc 8,40-56)

El texto ofrece un mensaje a los primeros cristianos, muchos de los cuales provenían del judaísmo. Jairo, a pesar de ser jefe de la sinagoga, no ha encontrado en esta institución la salvación para su hija. La hija de Jairo, imagen del pueblo, está abocada a una muerte irremediable. Jairo, desilusionado del viejo sistema, acude a Jesús, buscando vida para su hija.

Jesús resucita a la muchacha y otorga nueva vida en presencia de sus padres (la familia) y ante tres de sus apóstoles (la comunidad cristiana)

Narración

Yo era jefe de la Sinagoga de Cafarnaún. Gozaba de prestigio y de una buena reputación. Presidía las celebraciones del shabat. Custodiaba los libros sagrados: La Ley de Yahvé y los Profetas. Enseñaba a leer a los niños la Palabra de Dios en el Bet-Shefer, la «Escuela del Libro» que se hallaba junto a la sinagoga. Era admirado y apreciado.

Dios me había bendecido con una hija única de doce años que crecía esbelta y hermo-

sa junto a sus amigas. Su risa era la alegría de casa. Tenía un futuro cargado de promesas.

Pero un mal día ocurrió algo inesperado... Mi niña enfermó de gravedad. Llamé a los mejores médicos de la ciudad. Le aplicaron diversos remedios. Todo en vano. Me auguraron lo peor... Fue entonces cuando me encerré en la Sinagoga. Busqué las bendiciones más antiguas y las oraciones más eficaces. Intenté ayudar a los médicos con mis oraciones.

Fueron días terribles. En medio de mi ansiedad, alguien me nombró a Jesús de Nazareth y me habló de sus obras en favor de enfermos, pobres y pecadores... Le busqué por toda la ciudad. Por fin me dieron noticias de él: acababa de llegar al pequeño puerto de Cafarnaún donde atracan los barcos de pesca.

Llegué donde él estaba. Varios pescadores descargaban cestas repletas de peces. Me arrojé a sus pies y le pedí que sanara a mi hija. Cuando me levanté, alguien me dijo: 'No molestes al Maestro, tu hija ha muerto'. Sentí que mi vida se oscurecía de golpe. Las garras de la muerte me hirieron por dentro.

Él lo escuchó. Me miró con una mirada que nunca olvidaré. Sus ojos hicieron renacer en mí la esperanza. Con paso decidido me acompañó hasta casa. Cuando llegamos, las plañideras profesionales ya habían acudido. Tejían con los lamentos un manto negro como el dolor. El Maestro les hizo callar con un gesto cargado de autoridad, al tiempo que les decía: "No está muerta, tan sólo está dormida".

Mandó que se retiraran todos. Tan sólo me dejó a su lado a mí, a mi mujer y a tres discípulos. Subimos a la estancia superior, donde ya habían amortajado a mi hija. La tomó de la mano y le dijo con voz cálida: "¡Muchacha, levántate!"... Y las mejillas de mi hija, teñidas por el frío pálido de la muerte, recobraron el color de la vida.

Desde aquel día seguí a Jesús. Escuché sus palabras cuando instruía a sus discípulos. Vi

los signos que realizaba en favor de pobres. Observé cómo curaba y devolvía la dignidad a los leprosos, ciegos y tullidos, que tenían prohibido entrar en la sinagoga... Observé su misericordia. Investigué en la Escritura.

Y un shabat por la mañana, ante la asamblea reunida en la Sinagoga, proclamé solemnemente que Jesús de Nazareth era el Mesías, el Hijo de Dios puesto para salvación de muchos, el Buen Pastor anunciado por el profeta Ezequiel, el Emmanuel vaticinado por el profeta Isaías... Entonces me trataron de blasfemo y me expulsaron de la Sinagoga.

Tuve que marcharme de la ciudad de Cafarnaún. Me trasladé a Tiberias, a esta ciudad pagana que parece haberse olvidado de Yahvé. Encontré trabajo en las cercanas fuentes termales de Jammát Gader, que frecuentan los ricos terratenientes y los cortesanos del rey.

Aquí recibí la terrible noticia de la muerte de Jesús, ajusticiado por las autoridades judías y romanas. Pero fue también aquí donde recibí la alegría de hospedar en mi casa a varios discípulos que me aseguraron que el Maestro sigue vivo entre los suyos. Me uní a ellos. Desde entonces formamos la comunidad cristiana de Tiberias. Yo les enseño a leer los pasajes de la Escritura donde se anuncian las promesas de Dios. Ellos me cuentan cómo las antiguas promesas se han cumplido en las palabras y gestos del Maestro.

Aquí no soy Jairo, el Jefe de la Sinagoga. He recuperado mi antiguo nombre: 'Yair', que significa 'Brillo de Dios'. Ahora anuncio que en Jesús de Nazareth el amor de Dios ha brillado para toda la humanidad.

4 Zaqueo (Lc 19,1-10)

Zaqueo era el jefe de los recaudadores que controlaban el comercio de Jericó: la puerta del desierto por donde pasaban las caravanas. Adelantaba a Roma los impuestos de la ciudad.

Luego se reembolsaba la cantidad adelantada con toda clase de extorsiones y abusos.

Zaqueo, por ser tan rico y poderoso, no tiene la talla adecuada para ver a Jesús. Por eso es Jesús quien lleva la iniciativa: alza la vista, lo llama por su nombre, entra en su casa, le invita a cambiar de vida, se produce la conversión. Zaqueo, aunque tenía dinero era un excluido en lo social y en lo religioso. Zaqueo se deja envolver por la misericordia de Jesús. Transforma su vida y restituye mucho más de lo que las leyes exigían.

Narración

Siempre he estado orgulloso de mi baja estatura. Gracias a ella hube de encaramarme a un árbol para ver pasar a Jesús. Y gracias a esta circunstancia, Jesús se fijó en mí. No hay mal que por bien no venga.

Toda mi vida he residido en Jericó, la antiqusísima ciudad de las palmeras y de la luna; la puerta del desierto. Constantemente está atiborrada de inmensas recuas de camellos y dromedarios que surcan el desierto. Porque las caravanas son como barcos cargados de riquezas que navegan por las dunas de oasis en oasis.

Cuando el Maestro pasó por aquí, yo era el hombre más rico de la ciudad. Pero de aquello ya no me queda ni el nombre. Ahora soy más pobre que las ratas de los eriales, y en lugar de llamarme Zaqueo, me llaman Zakkai. En confianza os diré que no me disgusta: 'Zakkai' significa 'honrado'.

No me causó gran emoción la noticia que pregonaba la llegada del Maestro de Nazaret. Había oído muchas cosas de él: que sanaba a los enfermos, que devolvía la esperanza a los abatidos, que acogía a los excluidos... penosas situaciones que no iban conmigo. Yo no estaba enfermo ni a punto de morir. Tenía de todo. No me faltaba nada. Yo era el jefe de los recaudadores de impuestos de la ciudad. Por mis manos pasaban los impuestos con que

eran grabados los productos que circulaban por el desierto: cargamentos de seda y telas preciosas para cubrir los cuerpos espectaculares de las mujeres ricas. Carísimos perfumes y bálsamos del Oriente conservados en frascos de cristal y alabastro. La sal, el sésamo, las especias...

¿Sabéis cuánto cuesta un frasco pequeño de perfume de nardo? Pues en el mercado libre, viene a costar lo que gana un campesino durante un año de trabajo... Aquí donde me veis, tenía tanto dinero invertido en el Tesoro del Templo que ni yo mismo conocía la cuantía de mis haberes.

Aquella mañana me acerqué a ver a Jesús simplemente por curiosidad. Claro que, cuando Jesús me miró y propuso hospedarse en mi casa, todo cambió. Nunca imaginé que se dignara atravesar el umbral de mi puerta. Quienes penetran bajo el techo de un recaudador contraen impureza legal... Y eso es un fastidio y un problema social y religioso.

Cuando él me miró, algo comenzó a reverdecir en mi interior. Porque, a pesar de ser tan rico, yo no era feliz. Todos me admiraban y halagaban, pero nadie me quería... Con frecuencia me sentía más vacío que un aljibe seco. Agrietadas estaban las comisuras de mis labios por donde nunca florecía una sonrisa. Áridos y ajados se hallaban los pliegues más recónditos de mi alma

El resto de la historia es sencillo: yo invité a comer a Jesús y Él me invitó a cambiar de vida. Yo acepté, y él me perdonó. Devolví todo lo que había robado, ayudé a los pobres... y me quedé en la calle y en la ruina.

A partir de ese momento comenzaron a ignorarme. Todos giraban la cabeza a mi paso... Creo que hasta los dromedarios del desierto evitaban mirarme.

Os preguntaréis porqué hice todo esto. Pues porque yo me sentía pecador, y Jesús me proporcionó algo que nadie me había

ofrecido nunca: el perdón de Dios. Sí, cuando él me perdonó, sentí que Dios mismo me perdonaba.

De aquel encuentro han transcurrido varios años. Ahora sobrevivo vendiendo alfombras, esteras y vasijas de arcilla en el mercado de Jericó. Con las exiguas ganancias que obtengo, a duras penas cubro mis necesidades. Aunque, si he de ser sincero, en este puesto del mercado me estoy enriqueciendo nuevamente. Las gentes sencillas se acercan a mí. Me saludan. Regatean hasta el infinito por el precio. Hablan con sinceridad y sin engaño. Me sonríen... He vuelto a ser una persona entre mis convecinos. Ha renacido la paz en mi interior.

Desde que Jesús entró en mi vida, todos me tratan como a Zakkai, un hombre pobre, pero feliz. No sé cómo pude soportar, durante tantos años, la amarga vida del temible jefe de recaudadores de impuestos de la ampulosa ciudad de Jericó.

5 La hija de la cananea

(Mc 7,24-30; Mt 15,21-28)

Jesús y sus discípulos abandonan las fronteras religiosas y étnicas de Israel y se adentran en Fenicia. Leyendo este relato, las primeras comunidades comprendieron que el mensaje de Jesús, y su salvación, también debía llegar a quienes no eran judíos.

La madre cananea llama «Señor» a Jesús y «se postra» ante Él, gestos de sincera fe. Expone con gran humildad su dolor: mi hija está poseída por un demonio.

Jesús, en un primer momento, no atiende a su petición. Le expone la mentalidad racista existente en el pueblo judío de aquel entonces.

La mujer insiste. Y da pie a que Jesús exprese el mensaje que el texto del evangelio quiere comunicar a las primeras comunidades: la fe cristiana no es exclusivista, es católica y universal. Esta mujer es una buena muestra de ello.

Y por este motivo es alabada por Jesús. La salvación que trae Jesús no depende de la raza o la religión, sino de la fe en Él.

Narración

Nadie hizo caso al profeta de Galilea cuando llegó a Sharaf, nuestro pequeño pueblo situado al sur de Fenicia. Su nombre significa "lugar del vidrio" porque hay un taller de objetos de cristal: jarras, vasos, ungüentarios...

Nadie hizo caso al joven profeta extranjero cuando llegó, excepto mi madre.

Mi madre vivía marginada por todos. No tenía marido. Tan sólo me tenía a mí, su hija pequeña y enferma. Yo padecía terribles convulsiones que me hacían perder el sentido, caer por tierra y golpearme con cualquier cosa... Ella sufría mucho. Había gastado todo el dinero en curanderos y exorcistas. Vivíamos en la miseria. Nuestros convecinos se apartaban de nosotras. Decían que yo tenía un demonio dentro por culpa del pecado de mi madre.

Todavía recuerdo la terrible infancia que hube de soportar. Las madres ocultaban sus pequeños a mi paso. Siendo, como era una niña, ya sabía lo que eran miradas de temor, gestos duros, conjuros mágicos pronunciados a media voz para librarse de mí y del mal que me aquejaba. Crecí rodeada de desconfianza. Mis ojos se secaron de tanto llorar. Mi único consuelo fueron los abrazos largos y cálidos de mi madre; vanos intentos para devolverme la salud.

Cuando el profeta extranjero pasó por delante de nuestra mísera casa, mi madre le suplicó que entrara y me sanara... Sus discípulos pusieron muchas objeciones. ¡Cómo iba el Maestro a curar a la hija de una mujer extranjera y pagana! Porque, tanto mi madre como yo, fieles a la tradición de nuestro pueblo, seguíamos la religión de Baal y Astarté, dios del cielo y diosa de la fecundidad.

Pero a Jesús pareció no importarle. Entró en nuestra pobre casa. Se acercó a mí, me tomó de la mano, me miró con infinita ternura... y

me curó sin pedir nada a cambio y sin reparar en nuestra raza y religión. A Él tan sólo le preocupó mi sufrimiento y la marginación en la que se hallaba mi madre. Desde aquel día Él fue para nosotras el enviado de Dios.

Pero Jesús no sólo me curó de mi enfermedad: me devolvió las ganas de vivir. Hizo de mí una muchacha nueva con los ojos abiertos al futuro.

Al día siguiente, el profeta de Nazareth emprendió camino y regresó a Galilea. Marchó rodeado de sus discípulos. Los vecinos de Sharaf le despidieron con temor y veneración.

Pasaron los años. Mi madre enfermó. En el lecho de muerte tomó mi mano y formuló tan sólo un ruego: hija, nunca olvides al enviado de Dios que pasó por nuestra casa haciéndonos el bien.

Cuando ella murió, decidí cumplir el sueño que tenía desde pequeña: conocer el arte de dibujar palabras. En secreto he aprendido a leer y a escribir, ciencia reservada tan sólo a los hombres.

En la parte superior de la casa que compartiera con mi madre, oculto papiros, pergaminos, plumas de oca afiladas y pequeños recipientes de tinta negra... y algunos rollos de papiro conteniendo sabiduría. He recorrido los lugares por donde transcurrió la vida del profeta de Nazareth. He preguntado a quienes lo conocieron. He escuchado el relato de su muerte. Me he admirado con el testimonio de sus discípulos, que aseguran sigue vivo entre ellos. Ahora me preparo para escribir su historia: la historia del enviado de Dios que me curó sin importarle mi raza y mi religión.

6 El ciego Bartimeo

(Lc 18, 35-43; Mc 10, 46-52)

El relato de la curación del ciego Bartimeo tiene una importante carga simbólica. Está situado inmediatamente después del texto que narra la

petición de los hijos de Zebedeo a Jesús, Santiago y Juan. Estos dos apóstoles, cansados de tanto caminar, aspiran a "sentarse" con Jesús en su trono de gloria. El ciego Bartimeo, cansado de estar sentado al borde del camino pidiendo limosna, aspira a caminar y "seguir" a Jesús.

El ciego es presentado como modelo del verdadero discípulo. Seguir a Jesús significa estar dispuesto a subir con él a Jerusalén y correr su misma suerte.

El relato, dentro de su sobriedad, está cargado de detalles.

En este milagro no hay palabras ni gestos que curen. El acento recae en la fuerza de la fe. Ésta es la que permite pasar de las tinieblas a la luz, del borde del camino al interior del camino, de la pasividad de quien mendiga, a la actividad de quien sigue a Jesús hasta el final.

Narración

Cuando recobró la vista, tan sólo tenía una obsesión: seguir al Maestro. Si fuertes fueron sus gritos para hacerse notar al paso de la gente que rodeaba a Jesús, más fuertes fueron los primeros deseos de acompañar a quien le había dado la posibilidad de descubrir la luz y los colores. Pero su vida estaba ligada al camino que bordea la rica ciudad de Jericó; oasis entre palmeras y puerta abierta a las largas caravanas que llegan del desierto.

Su triste vida de mendigo cambió con el encuentro del Maestro que devolvió la luz a sus pupilas, la esperanza a sus días oscuros y la fe a su espíritu cansado. Aprendió a mirar la vida en profundidad.

Todavía recuerda cuando regresó curado a su misera casa de adobe. Había sido una jornada de luz y emociones. Rodeado de pobreza, se restregaba los ojos, una y otra vez, asombrado de poder contemplar al sol anaranjado que se ocultaba entre las palmeras del oasis de Jericó.

Cuando cayó la noche, pasó largo tiempo observando el movimiento de la luz de su lámpara de aceite: soplabla levemente y examinaba cómo la llama se agitaba durante unos momentos para luego volver a la quietud... Así una y otra vez. Cuando se cansó de jugar con la lámpara de aceite, salió fuera y observó las estrellas. Y, viendo la luz blanca de la luna sobre los tejados chatos de las casas de Jericó, comprendió el significado del nombre de su ciudad: La ciudad de la Luna.

A partir de este día, proclamaba con energía el milagro que Jesús de Nazareth había obrado en sus ojos. Cuando los discípulos le hicieron saber de la muerte y resurrección del Maestro, redobló con más energía su testimonio hasta convertirlo en oración agradecida.

Hasta que un día los discípulos del Maestro le aconsejaron que marchara con ellos hacia tierras lejanas. El nuevo rey, Herodes Agripa, había desatado en la vecina Jerusalén una violenta persecución contra los seguidores de Jesús. Su vida corría peligro.

Y con ellos marchó hacia Galilea. Recalaron en Nazareth. Allí se entremezclaban familiares y discípulos del Maestro formando una comunidad unida en el nombre del Señor Jesús.

Le costó tiempo adaptarse a aquella insignificante aldea. Añoraba el bullicio de las calles de la populosa y exuberante Jericó. Comenzó a ganarse la vida tejiendo cestos de palma que vendía en el mercado de la cercana ciudad de Sephoris.

Un día se acercó a la aldea de Nazareth una triste comitiva. Nadie reparó en ellos hasta que escucharon el tintinear de las campanillas que portan los leprosos para que nadie se acerque a ellos. Los cuatro infectados mendigaban a diario en el mercado de la lujosa ciudad de Séphoris. Compañeros habituales de la marginación social y religiosa, decidieron acercarse a Nazareth. Habían oído hablar de la existencia de un grupo de discípulos de un profeta que curaba a los enfermos.

Las madres, al enterarse de la presencia de los leprosos, obligaron a los niños a meterse en casa. Los leprosos se dirigieron hacia el lugar donde se hallaba la comunidad de seguidores de Jesús. Se detuvieron a la distancia reglamentada por las leyes religiosas de Israel. A voz en grito, el que dirigía a sus compañeros, grito: «Si algo podéis, tened misericordia de nosotros». El desafío era tan grande que los seguidores de Jesús quedaron en silencio y sin saber qué hacer.

Bartimeo levantó sus ojos; aquellos ojos a los que Jesús de Nazareth había devuelto la luz. Dejó sobre el suelo una cesta de palma que estaba trenzando. Se puso en pie y se dirigió hacia ellos. Los leprosos, al ver que se acercaba, hicieron sonar frenéticamente sus campanillas al tiempo que gritaban: «¡No te acerques, somos impuros!».

Bartimeo no se detuvo hasta estar cerca de ellos. Les miró fijamente y les dijo: «Nosotros no somos dioses que pueden curar. Tan sólo somos los seguidores de Jesús de Nazareth, a quien los dirigentes del pueblo crucificaron por hacer el bien, pero a quien Dios levantó de la muerte para que todos tengamos en Él nueva vida... también vosotros».

El leproso respondió: «¿Y cómo podemos adquirir esa nueva vida?»

Bartimeo se le acercó aún más y le dijo en voz alta, para que todos pudieran oírle: «Nosotros no somos magos que podamos hacer desaparecer vuestra enfermedad, pero somos seguidores de Alguien que siempre estuvo a vuestro lado. En nombre de Jesús de Nazareth, pasad a nuestra casa, compartid nuestro pan y nuestra fraternidad... No podemos limpiar vuestra piel, pero sí eliminar las costumbres absurdas que os marginan».

La comunidad entera les acogió, como lo hubiera hecho Jesús.

Horas después Bartimeo llamaba de puerta en puerta pidiendo trigo, legumbres, frutas... Aquella noche los leprosos llegados de Séphoris compartieron un nuevo pan con sabor a fraternidad.

7 El hijo mayor

(Lc 15,11-32)

Por las connotaciones sociales e históricas, esta parábola debió suponer un gran escándalo para escribas y fariseos, a quienes va dirigida en el evangelio de Lucas.

Según el biblista Joachim Jeremias, el texto propone situaciones imposibles para subrayar lo inmenso que es el amor de Dios Padre: el reparto de la herencia al hijo pequeño tal como es descrita; la actitud del patriarca judío que corre, abraza, besa...; la entrega nuevamente de un anillo, sandalias y túnica, elementos simbólicos con los que le nombraba nuevamente heredero de sus bienes...

Especial relieve cobra al final de la parábola la figura del "hijo mayor". Siempre atento y entregado a la hacienda familiar, no comprende la misericordia desbordante del padre. La actitud de hijo mayor da pie a la enseñanza con la que concluye la parábola: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado"

Narración

Hablaba poco y trabajaba mucho. Antes que el sol se levantara por las colinas ya marchaba hacia los campos para aprovechar toda la luz de la jornada.

Supervisaba puntualmente la siega y la trilla de la cebada y el trigo. Recogía las almen dras. Antes de que terminara el verano, tenía limpio y dispuesto el lagar para pisar las uvas. Cuando acababa de envasar el mosto en las grandes tinajas de la bodega, no cesaban de girar las grandes piedras de las almazaras para extraer el aceite de las aceitunas. Amasaba los higos recién cogidos con la proporción exacta de harina, para conseguir un pan de higo que durara hasta el año siguiente... Respetaba el descanso del shabat, aunque en su mente no cesaba de repasar las faenas pendientes.

Tal vez por todo ello se enfadó tanto cuando su padre hizo una fiesta para celebrar el regreso de su hermano pequeño, que había marchado de casa derrochando parte de la herencia y viviendo como un perdido. Aunque aquel primer enfado fue tan sólo inicio y presagio de otros enojos mayores.

Tras la fiesta en honor del pequeño, todo pareció volver a la normalidad. Pero de pronto, sin que nadie supiera explicar el motivo, el pequeño volvió a marchar de casa. Y volvió a aflorar la misericordia en el padre, que diariamente subía a la torre construida al lado del viñedo para otear el horizonte a la espera de su hijo menor.

Las idas y venidas del hermano pequeño se hicieron habituales. Cada vez que marchaba, el padre subía a la atalaya de la viña cargado de compasión, aguardando el momento de un nuevo regreso. Mientras todo eso ocurría, el mayor seguía levantándose antes del sol para aprovechar la luz y tenerlo todo dispuesto. Hablaba poco y trabajaba mucho... y maldecía en su interior aquella extraña compasión de su padre hacia el hermano pequeño.

Pasaron muchos años. Por fin el hermano pequeño asentó la cabeza. Creó una familia. Marchó definitivamente de la hacienda dejando todos los campos al hermano mayor. Regresaba de tanto en tanto para que el padre, ya anciano, pudiera sentir el gozo de los nietos.

El hermano mayor seguía unido al terruño de la hacienda paterna. Hacía muchos años que se casó. Cuidaba diligentemente de su familia. Sus hijos ya eran mozos.

Con el paso del tiempo, la mirada del anciano padre se tornó borrosa y sus pasos se hicieron lentos. Ya no tenía fuerzas para subir a otear el horizonte desde la torre, como hiciera antaño. Ahora pasaba largas horas sentado bajo la sombra de la higuera que crecía junto a la casa. Musitaba oraciones y maduraba pensamientos de sabiduría.

Un día de aquellos, el hijo mayor cruzó rápido por debajo de la higuera. El anciano padre llevaba muchos años viéndole cruzar con prisa, afanándose en los quehaceres del campo... pero la forma de caminar y el gesto adusto de su rostro eran distintos. El anciano padre le preguntó hacia dónde se dirigía... Fue entonces cuando el hijo mayor se detuvo ante el padre y le reveló el secreto que guardaba desde hacía varios días: "Padre, disculpadme si no os he dicho nada, pero debo subir a la torre de la viña a otear el horizonte... para ver si regresa mi hijo que hace días marchó de casa".

El anciano padre le siguió con la vista. Quedó en silencio. Quizás el hijo mayor comenzaba a comprender cuánto es capaz de esperar un padre al hijo que marchó de casa.

8 La viuda pobre

(Lc 21,1-4; Mc 12,41-44)

El Templo de Jerusalén es el escenario donde ocurre la narración de la viuda pobre. Esta magnífica edificación ocupaba un rectángulo de 480 de longitud por 280 de anchura. Tenía un gran patio llamado «Patio de las mujeres», donde se hallaban los cepillos de las limosnas. Aquí se acercó la viuda pobre a depositar sus humildes monedas. Aquí recibió la alabanza de Jesús.

El texto es la conclusión de varias escenas que se desarrollan en el Templo: la expulsión de los vendedores, la constatación de que los ricos iban echando cantidades importantes para hacer ostentación... Y en contraposición a todo ello, el subrayado de la generosidad de aquella «viuda» pobre y desprovista de todo bien.

La narración alude a varios textos del profeta Jeremías en los que Yahvé dice que los pobres y sencillos «no van a quedar como una viuda». Dios en persona será el «esposo» de los pobres y humildes. Jesús alaba a la «viuda» pobre y la considera como una pequeña semilla del «nuevo pueblo de Dios». Dios nunca va a abandonar a este nuevo y verdadero pueblo de Dios.

Narración

Cuando murió mi marido mis días se tornaron oscuridad. Nadie velaba por mí, ni me hacía sentir el orgullo de tener una casa propia, un marido y un futuro cargado de afecto.

Los meses de la siega eran mi único tiempo de dignidad. Deambulaba por los campos recogiendo espigas caídas de las gavillas. Espigar era el mísero privilegio que la Ley de Yahvé nos otorga a las viudas y a los huérfanos. ¡Las escasas espigas tranquilizan la conciencia de los sacerdotes de Jerusalén y de las personas de bien... pero no son suficientes para mitigar el hambre y la soledad de una viuda! Absurda y orgullosa ciudad de Jerusalén, repleta de sumos sacerdotes y ricos que uncían a pobres y menesterosos al pesado yugo de la Ley.

Cuando terminaba la cosecha me dedicaba a mendigar en la Puerta de Nicanor, que da acceso al Templo. Los peregrinos eran generosos. Inconscientes de la auténtica bondad, se hacían la ilusión de que compraban la salvación depositando unas míseras monedas en mi mano.

Nunca olvidaré aquel día. Era al atardecer. En el Templo se celebraba el sacrificio de la tarde. Todavía humeaban los corderos incinerados como sacrificio para expiar los pecados del pueblo. Entré en el Patio de las Mujeres para rezar. Cuando pasé por los «gazofilacios», donde los peregrinos depositan sus abundantes limosnas... eché dos pequeñas monedas de cobre; una parte de lo que había recaudado mendigando.

De pronto, a mis espaldas, atronó una voz: "¡En verdad os digo que esa pobre viuda ha echado más que nadie... Porque todos echan de lo que les sobra y ella ha entregado lo único que tiene para vivir!" Me giré asustada hacia la voz. Los discípulos que rodeaban al joven Maestro me miraban. Sentí vergüenza.

Aturdida, encaminé mis pasos hacia la puerta. Pero Él, de varias zancadas, se plantó delante de mí. Me sonrió con cariño y respeto... Me tomó de la mano, me la cerró, la sujetó suavemente... y me acompañó hasta la puerta.

Apretando la mano me dijo con infinito afecto: «Gracias. Que Dios te bendiga y te mantenga en su paz. Que Dios nos ayude a aprender tu generosidad».

Nunca olvidaré su ternura. Cuando solté mi mano, noté que había algo en ella. Mire y descubrí el siclo de plata que había dejado aquel Maestro... Suficiente para vivir más de un mes sin tener que mendigar.

Así fue cómo aprendí que aquel joven Maestro sabía dar limosna sin que su mano izquierda supiera lo que hace la derecha. El joven Maestro nos miraba a los pobres con la misma mirada de Dios.

Han pasado los años desde aquel encuentro. Nunca olvidaré lo amargamente que lloré aquellas fiestas de Pascua en las que los Sumos Sacerdotes y los romanos ajusticiaron al joven Maestro como si de un delincuente se tratara.

El tiempo ha hecho mella en mí. Arrastrando los pies, y respirando con fatiga, subo todos los días a la Puerta de Nicanor. Allí recibo las limosnas con las que los peregrinos tranquilizan su conciencia.

A veces me adentro en el Patio de las Mujeres y deposito mi humilde limosna. Cuando echo las monedas, me quedo aguardando aquella voz y aquella ternura que me envolvió hace años... Y, aunque no me creáis, sus palabras siguen resonando en mi interior con la misma fuerza de antaño. Tal vez sea verdad lo que cuentan sus discípulos: que resucitó y sigue presente en medio de los suyos. Y yo, una pobre viuda, siempre fui de los suyos.

JOSÉ JOAQUÍN GÓMEZ PALACIOS